ALJIBE



ALJIBE

REVISTA DE SEVILLA

ADMINISTRACIÓN Y CORRESPONDENCIA

ALVAREZ QUINTERO, 57 D.

COMPONEN "ALJIBE":

BERNARDO VÍCTOR CARANDE
JUAN COLLANTES DE TERÁN
AQUILINO DUQUE GIMENO
ANTONIO GALA VELASCO
ANGEL MEDINA DE LEMUS

DICIEMBRE, 1951 NÚMERO II

ANTIGRIPAL IFMY

ENFRIAMIENTOS

CATARROS

GRIPE

ANTIGRIPAL IFMY

PEDRO SALINAS

De prisa, la alegría,
atropellada, loca.
Bacante disparada
del arco más casual
contra el cielo y el suelo.
La física, asustada,
tiene miedo; los trenes
se quedan más atrás
aún que los aviones
y que la luz. Es ella,
velocísima, ciega
de mirar, sin ver nada,
y querer lo que ve.
Y no quererlo ya.
Porque se desprendió
del quiero, del deseo,
y ebria toda en su esencia,
no pide nada, no
va a nada, no obedece
a bocinas, a gritos,
a amenazas. Aplasta
bajo sus pies ligeros
la paciencia y el mundo.
Y lo llena de ruinas
—órdenes, tiempo, penas—
en una abolición
triunfal, total, de todo
lo que no es ella, pura
alegría, alegría
altísima, empinada
encima de sí misma.

Tan alta de esforzarse,
que ya se está cayendo,
doblada como un héroe,
sobre su hazaña inútil.
Que ya se está muriendo
consumida, deshecha
en el aire, perfecta
combustión de su ser.
Y no dejará humo,
ni cadáver, ni pena
—memoria de haber sido—.
Y nadie la sabrá, nadie,
porque ella sola
supo de sí. Y ha muerto.

Se nos fué Pedro Salinas.

Nosotros, los que llegamos tarde para conocerle, fuimos sin embargo madrugadores en la hora amarga de la mala nueva que se nos lo llevaba.

De pronto se advertía en Sevilla, en la Sevilla clásica y universitaria hallada en ''víspera de gozo'', el vacío del hombre que ya no era junto a la voz clara del poeta que era como semilla lanzada al aire para que en todos fructificase.

Quienes le conocieron echan de menos al amigo. Nosotros, que no le conocimos, le echamos de menos como se echaría de menos la segura y lejana delicia de un legendario manantial que acaba de agotarse.

Pedro Salinas ha muerto en América como un Ponce de León de siempre, siempre soñando con increíbles Floridas. Quién sabe quién le llamó a qué fuente de Juventud; a él, que bien lo decía:

Si me llamaras, sí,
si me llamaras . . .

Cualquiera que fuese esa llamada, a ella fué tirando lo que tuviera o esperase tener entre las manos: el azul del océano en los mapas ó una postal no recibida de quienes bien le querían.

El poeta se ha ido pero nos deja su voz, voz de siempre y para siempre y a él tan sólo debida.

Nos deja su esperanza, su amor activo que no espera, su búsqueda, su alegría disparada de sí misma y que en sí misma muere, como un secreto surtidor de luz que revierte a la taza de sus aguas germinales.

''Y ha muerto'' (él lo decía). Él, es decir, su alegría, ha muerto. Volvió el agua viva, ya ni parábola de estrellas, a la fuente de la que bebió lo más inmediato y sutil: su propia existencia.

Frente a la muerte - en Pedro Salinas taza de surtidor - hay que estar en silencio y más en este caso en que el agua calla por sí sola y nos invita a oír su mensaje; mensaje derramado - ya Rainer Maria, que bien supo escuchar, nos lo reveló -.

''Sin ninguna fatiga: *Voilà votre mort, monsieur*. Morimos tal como nos llega la muerte. . . ''

Y a Pedro Salinas la muerte le ha llegado así: de vuelta de sí mismo y en plena lejanía de su tierra.

A. D.

ANGEL MEDINA

FIESTA

Sé de un valle, sensible al amoroso
deslizarse del alma de tus manos,
molde para unas nubes, que el gozoso
rio conduce por redondos llanos.

Es mundo nuestro, invade los lejanos
linderos donde hay hojas estrenadas
y va resucitando soleadas,
crecientes, plenitudes de veranos.

Es mundo nuestro, es exigencia tuya,
inmóvil fiesta universal, vertida
en potencias de labios que no saben.

Pero invade, no hay sed que lo rehuya.
Invade - ¡ Amor ! - acrecentada vida,
por gracias que en los ojos no se caben.

BERNARDO VICTOR CARANDE

RECUERDO DE QUINCE DIAS

A ti azulados
"Quince años, sólo tuyos, nunca míos"...

Allá
no necesitábamos despertarnos

Una tarde llegaba seguida de noche
que era luna y una luna y más luna
y otra tarde
si el cielo acaso estaba nublado para nosotros
no necesitábamos despertarnos
seguíamos alentando
hilvanando los silencios antiguos de tanto de nada
que tan necesitados andaban de consuelo
y otras tardes venían
que despertábamos nuestra viva nueva ilusión de vivir
que despedían allá en nuestra casita del bosque
¡San Rafael!
las pálidas tardes de antes de vuelta de clase
para nuestras pasiones

Tardes largas y huídas
de no recordarnos mutuamente de lo nada
que fueron en la ciudad nuestras tardes de gabardina
antes
tu compañera y yo mía de clase

Fueron sólo catorce tardes y una noche más de llegada
que San Rafael con sus cedros
sólo podía ser para nosotros
la casa raptada al tío tuyo que se fué a Bilbao
pero que
aunque sólo para dos semanas
y más de días no pudieran ser
si fueron vida

Queda algo siempre para recordarlo
las otras tardes
aquellas que subíamos hasta el alto
a ver los leones y Madrid a aquel lado
y en los pinares y a este
quedabamos mirando la Castilla tuya
que se veía a lo lejos

No nos queríamos ni pensar
de que el mundo sí
podía acaso estar en guerra
y en las lejanas pardas colinas de Manchuria
y en todo Seoul
los hombres amarillados abandonaban sus hogares
y los blancos tambien
y que la mamá Yut - sí podría llorar
y que todos
como hombres más
y mujeres más
se desangraban unos a otros para matarse

Ni necesitabas acordarme y buscarte en tu cuerpo
las arrugas del vestido yéndote a clase
que la vida de antes
con sus corrillos entre aulas para fumar
y las tardes de cine paseada Gran Vía
se habían ido para siempre

Bajábamos temprano al lago
despidiendo a la luna desmayada
ya decrecida por el sol

íbamos al lago
rodeándonos rostros acacias claras
y el verde cortado de setos que nos sonreía

al lago
bajábamos más hacia dentro del lago y buceábamos
viéndonos por dentro bajo el agua blancos
a lo alto el aire y desde el fondo
el cielo
se veía en un cielo bueno alegre
de día uno y dos y más hasta quince

Nos traía la leche en una bicicleta con remolque
un lechero santanderino
y el pan. . .no no tomábamos pan aquellos días
yo te tomaba a tí tú a mí

Luego tú después de beberte
me leías y me decías
que aquel verso de ayer mío era muy duro
y yo te quería expresar
no me acuerdo con qué palabras de mi alma
que sólo así era posible

Y volvíamos al lago después de cenar
a remar
en la barca hundida misma que salvamos y tú pintastes
con una brocha gorda pantaloncitos y pintura amarilla

a remar y a besarnos
que el cielo y la estrella polar navegante eran nuestros

Al mediodía
nos íbamos al pueblo cogidos del brazo
saludando a los casi vecinos en los portales
y a la tata aquella de niños pequeñajos

Al pueblo y a la tienda de ultramarinos única
a por conservas
"latas de atún salchichas no sé cuantos gramos de jamón . ."
y el tendero cara de hortera mirándote
que estabas abriéndote para mí y cada día
más mujer y rubia
y todos los que te veían se lo daban cuenta

Quince días de sin corbata y menos "buenos días"
y "adiós" y "te quiero para siempre"
que se fueron sí
pero quedando hasta nunca allá en San Rafael su recuerdo

PABLO GARCIA BAENA

CUANDO LOS MENSAJEROS

Cuando los mensajeros golpeen los postigos
y su voz, a través de las viejas maderas,
penetre como un viento de música y de plata,
oh corazón, no temas, no tiembles, amor mío.

Un soplo de destino apagará la llama entre los labios
y en las barcas de estío, los floridos remeros callarán para siempre.

La mano entre las cuerdas de bellos instrumentos
quedará y la canción, pájaro inacabado,
buscará nido en las brillantes gemas solitarias
de los desnudos cuerpos, pulidos al aliento del mar y de los astros,
quietos y deslumbrantes como árboles de mármol,
donde una fruta dulce y venenosa se pudre lentamente.

Yacerán, sepultados en bancales de olvido,
la balanza sutil del orfebre y la brújula
que guía por el sueño la flota misteriosa
y el atríl y los báculos, la tralla y los arneses,
silenciosos testigos de unas sombras extintas.
Y el rubí, como un diente de sangre clavado en blanco seno
y el vaso que derrama el hechizo del vino
y el azul brazalete, como pámpano áureo enroscado a la carne,
el punzón y los búcaros.
Lo que algún día tuvo el fuego de un instante,
eternidad proclama.
Oh corazón, oh amor, amor mío que tiemblas,
solitario, al rumor del bosque que respira,
no temas.
Las puertas con su triple candado están cerradas
y aun hay vida en mis manos. Duerme dulce
hasta que un alba púrpura selle de polvo el labio
y nos lleve, flotando, a los altos sitiales.

AQUILINO DUQUE

GENEROSIDAD

El sol, ya horizontal, pone naranja
toda la tarde resbalada y nueva.
Mi sombra se proyecta en las paredes,
¡esta vencida luz que me limita
en dulce sombra azul. . .!

Tengo la tarde,
toda la tarde amiga en una mano,
toda la tarde, enorme y exprimida,
resbalando su zumo de naranja
sobre todos los niños de los parques
entre acacias y sauces. . .y naranjos
- ¿por qué no? - entre naranjos con las ramas
alternadas de frutos y diábolos.

Ya sabes tú por qué tengo una hora
siempre en el corazón, y que esta tarde
guardada y mía, que para tí era,
ya que no puede ser, la estoy vertiendo
bautismal, sobre niños de alameda.

JUAN COLLANTES DE TERAN

FARSA

La escena representa un ventanal grandísimo por el que puede entrar toda la noche. Al pié de la ventana tiene lugar la farsa. Los decorados huelen a primavera. La única luz, la de la vía láctea. Al foro, el camino de Santiago. *(Al levantarse el telón da la sensación de que se descorre la niebla y la noche aparece más clara. Un reloj en el viento, clava las horas.)*

La niña, que ha terminado de llorar, suspira. Entonces, empieza a moverse el aire tímidamente. *(Mira la niña hacia el lateral derecho.)*

ESCENA UNICA

La niña.—Poeta, dime algo de jardines y de trenzas. ¿Quieres?

La voz del poeta.—Sí. Mira: había una vez una niña. . .

La niña.—¿Más bonita que yo?

La voz del poeta.—Sí. Había una noche. . .

La niña.—¿Como ésta?

La voz del poeta.—Sí. (*Pausa*) Había una vez una estrella. . .

La niña.—Espera.

(Se levanta y se recuesta en la ventana, mientras la luz debidamente le ilumina la cintura)

La niña.—*(Con voz muy baja y pausadamente)* Había una niña bonita que quiso una vez ir a una fuente, donde el agua convertía las trenzas en hilos de oro, y las manos en nácar, y las mejillas rosas y los labios. . . ¡ay que pena de aquella niña, que se mojó con agua de aquella fuente!

La voz del poeta.—Tenía aquella estrella. . .

La niña.—Calla. (*Pausa*) Poeta, siguiendo el camino de Santiago arriba, arriba, ¿donde se llega?

La voz del poeta.—A una fuente, que dicen, que tiene agua que convierte las trenzas en hilos de oro, y las manos. . .

La niña.—Calla.

La voz del poeta.—¿Tu quieres ir?

La niña.—Ya fuí, pero me volví. No encontré mi galán, y me perdí. Los sátiros me robaron los labios y estrecharon mi cuerpo ¡ay!, y me volví. (*Pausa*) Poeta, yo quisiera ser como las niñas feas que van y se vuelven con trenzas de oro. . . dí.

(La noche comienza a ponerse clara, más clara muy despacio)

La niña.—¿Escuchas?

La voz del poeta.—Sí.

La niña.—¿Qué música es ésa?

La voz del poeta.—Que va a venir el alba.

La niña.—¿El alba viene de la fuente blanca?

La voz del poeta.—Sí, porque la guía el lucero vigía para que no se pierda como tú, niña.

(La música comienza a percibirse ya en notas de aurora sencilla, de mañana limpia; pero todavía se siente muy lejos. La niña se centra en el ventanal y se despereza. Mira hacia arriba.)

La niña.—Poeta, ¿prefieres la noche a la mañana?

La voz del poeta.—Esta noche y mañana.

(La música ya se oye mejor. Ahora, comienza a sentirse algo nuevo y distante. Hay inquietud en todo y en cáda cosa. **La niña** *mira de un lado a otro.)*

La niña.—Poeta . . . ¡poeta!

La voz del poeta.—¿Donde estás?

(Aparece **El lucero.** *El viento se ha despertado y la música va llenando el recinto. Confusión.)*

La niña.—¿Quién eres?

El lucero.—Soy el lucero, que vengo por la niña, la de los ojos negros. *(Aparte)* Que bonita es; me la llevaré. Niña, ¿te vienes?

La niña.—Sí.

(**La niña** *se acerca al* **Lucero.** *Este la toma de la mano y corre con ella a la derecha, pero luego giran hacia la izquierda.*)

Ha comenzado a amanecer, por el gran ventanal que antes entraba toda la noche, ahora se desborda el día. Entre ésta algarabía de luz se pierde La voz del poeta que busca a la niña. Entonces empieza a bajar muy despacio el

TELON

ANTONIO GALA VELASCO

BETEL

Génesis,- 28, 12.

Cedro de luz se alzaba de la tierra:
herida de los aires, ágil fuste
de los atentos aires pensativos.

Cedro de luz - erguido mediodía
sobre la oscura piedra indiferente,
erguido sol, erguida rastrojera -
se alzaba entre la noche como un grito.

Lluvia de luz bajaba deslumbrante
de la más alta nube, de la estrella
más alta que los cielos apresaban,
y era la fértil lluvia como fuego
abrasando la luz sin consumirla:
alud de nieve en flor reverberada,
vara de nardos, tirso de destellos.

Ir y venir de luces desiguales
entre la luz: suspiros entre el aire,
llama audaz en la hoguera, limpio acorde
entre el brusco tropel de la armonía.

Luz sobre luz, cansancio avaricioso
de ver y ver - hidrópicos los ojos -
el aire, ahito ya de claridades.

Oh qué trinos de sol sobre la piedra:
qué músicas de sol sobre la piedra,
cegada más por más ensombrecida.

Oh qué espiga de luz tan bien granada
con el tallo en el surco y las aristas
rayos clavados contra las alturas.

No tierra, no. No despertar ahora
apoyadas las sienes en la tierra.

No ver la piedra, no sentir la piedra
como un hierro, sombrío bajo el éxtasis.

No descendencia ya: morir en este
cuerpo de carne, casi luz ahora,
casi niebla del alba, casi brisa,
casi perfume de la alzada palma.

No me persiga ya la luz: yo vengo
a hacerme luz, pabilo, nido, savia
en las piadosas ramas de esta lumbre.

Qué terrible lugar, cuando se apague
la primavera de Tu luz, el mío.
¿A dónde estas antorchas, esta senda
puesta de pie conducen? ¿A qué cielos
estas puertas doradas han de abrirse,
cerrándose las puertas del olvido?

Cedro de luz; erguido mediodía,
relámpago engarzado en la negrura,
firme deseo preso entre dos aires:
sobre la dura piedra, entre la noche,
loco de luz, Jacob desvanecido.

JERONIMO MARTEL

POEMAS DE OTOÑO

C'est mourir un peu

Y morir cada día,
siempre morir un poco.
Cada día que pasa...
El tiempo se renueva...
Mi corazón ahogándose en el tiempo...
El tiempo río turbio y mi corazón quieto,
o el tiempo limpio y mi corazón turbio.
Y yo aquí, entre mi corazón y el tiempo.

Primavera y Otoño

Y siempre tuyo - tú me lo decías.
Tú eras mujer y yo, mujer, poeta.
Yo era fuerte y tú débil;
me querías, - lo sé - tú me querías...
¡Ay! ¡cuánto Otoño y cuánta Primavera!
Entre tú y yo, mujer, cuánta distancia:
yo tronco seco del Otoño frío,
tú savia ardiente de la Primavera.

FRANCISCO SOLANO

FREYA

Munt y Ziú eran dos hermanos gemelos, se profesaban un agudo cariño fraternal que les hacía a más de hermanos, amigos íntimos. Nacieron hace venticinco años una mañana de febrero, una mañana fría con añoranzas de julio, de calor y de horizontes sin nubes. Se criaron siempre juntos, dormían en el mismo lecho, se peinaban con el mismo peine, aborrecían las mismas cosas y hasta se chupaban el dedo meñique. Su padre se llamaba Ziumont y era leñador, pero siempre estaba sin trabajo porque los árboles se habían marchado a descansar, y Ziumont miraba cómo se empolvaban la sierra y el hacha y cómo los aperos reñían entre sí lanzando gritos metálicos. La mujer de Ziumont, Tanja, era de una aldea vecina, murió el día que Ziumont llegó tarde de la taberna y sus hijos se escaparon de la escuela para seguir las huellas mojadas de un río seco.

Ziumont se había construído una casa con troncos de árboles alrededor de un jardín sin flores en donde se aburría un crisantemo que había nacido allí por casualidad. La casa estaba al final de la calle y en una esquina del pueblo. Al lado había una casa deshabitada y enfrente un farol de gas que encendía todas las tardes un guarda con un largo palo - un farol invertido.

Munt y Ziú tenían un amigo, y como todos los amigos que siempre tienen a mano un consejo y una advertencia, Donar era gordo, simpático y tenía lentes bicóncavas; su risa era de días festivos y siempre que se enfadaba leía un almanaque de pastas amarillas. El padre de Donar había sido alguacil, pero se fué a la guerra y allí murió un día que no hubo lucha. Por eso Donar reía siempre que alguien charlaba de palomas y aviones. Munt, Ziú y Donar eran amigos desde hacía algún tiempo, se habían conocido a la salida de un café mientras dos turistas sacaban fotografías típicas y los tres esperaban en vano la salida de la camarera de los cabellos rojos.

Un año - Ziú y Munt habían celebrado su mayoría de edad - hubo una epidemia en el pueblo, y de resultas de ella se murieron todas las muchachas que no tenían novio. Y Donar, Ziú y Munt se dedicaron desde entonces a mirar con envidia por entre las butacas del cine las manos entrelazadas de los novios de siempre que se dicen caricias en los brazos y en los labios y piropos con el corazón.

Despues del trabajo - ¡qué trabajo acarrear patatas del mercado a las tiendas! - Munt y Ziú solían mirar detrás de las esquinas del pueblo en busca de alguna muchacha que fuese sola; se lamentaban de haber nacidos, de ser hermanos y achacaban a su padre la culpa de todo. Pero a Ziumont no le preocupaban los problemas de sus hijos, él ya había resuelto el suyo porque era amigo de una mujer que tenía varios maridos.

Una mañana Donar no fué al trabajo, dijo que le dolía el pecho al suspirar y que su madre le apremiaba hacía tiempo a buscar una novia en el pueblo vecino para que le diera nietos que no fuesen alguaciles ni fuesen a las guerras. Y Donar trajo al poco tiempo una mujer en su carro de bueyes. Munt y Ziú los vieron bajar con cuidado por la cuesta, temiendo coger la epidemia que decian venía cuando el viento Norte doblaba la veleta de la Iglesia. La mujer se llamaba Freya, así se lo dijo Donar a la salida de la misa de 12.

—La brisa traía perfumes de espliego. El sol ya se había quitado las legañas y hacía sudar al campo.—

Desde que Donar vino con Freya, Munt y Ziú habían roto con él. Mientras tanto Wodan, un vecino de Donar, se habia ahorcado con viento y Lupar le había mentido a su madre porque ambos un día se abrazaron debajo del puente y el agua los había mirado a través de si misma, y el agua era mujer y no sabía callar.

Donar murió un día nublado sin saber nadie cómo fué, aunque decían muy bajo junto al fuego, tan bajo que el perro nunca levantaba la cabeza, que Freya era demasiado mujer para un hombre solo. Freya, desde entonces, con un vestido negro salía todos los días al campo despues del toque de oración. Munt y Ziú se fijaban cómo el viento y la yerba la dejaban pasar sin pedirle el santo y seña, y cómo cesaba el murmullo de las aguas del arroyo.

Las novias seguían muriendo y el pueblo continuaba ignorando qué veneno tenían los labios de sus enamorados. Tan solo Freya seguía bebiendo alturas. Munt y Ziú miraban al acostarse por su ventana cerrada los hogares yermos, y sus sentimientos les hacían recordar a la viuda de su amigo Donar, y saborear la curva roja de sus labios y el suave contorno de sus pechos. Y su oración desde entonces fué un grito de machos celosos: Freya . . Freya . . Freya . .

Y su oración fué escuchada. Dejaron el trabajo en el puesto de comestibles y buscaron la ocasión de encontrar a Freya sin su corte de vecinas escrupulosas y una mañana Freya bajó al mercado. A la vuelta Munt y Ziú la acompañaron a su casa de troncos.

Al día siguiente los dos hermanos se casaron con Freya.

PILAR PAZ PASAMAR

RETORNO

Si un verso olvido no me devuelve la cita.
Volver es tan difícil como morir de veras,
por eso son distintas todas las primaveras
y esperamos, en vano, que un sueño se repita.

- ¡Y tú quieres llegar! En mi mano vacía
tu presencia se queda reducida y oscura;
se pudren las raíces, y el brote no me dura
lo que dura el deseo bajo el golpe del día.

Si hay para cada instante una voz diferente,
ni hay silencio que envuelva, por dos veces, mi frente,
ni ola que se desdoble repetida en la orilla,

¿cómo vas a volver sobre tu propio paso
si el camino es distinto y hasta Dios tiemble, acaso,
al besarnos dos veces en la misma mejilla?

FERNANDO FORTUN

UNA CARTA DESDE SEVILLA A SU MADRE

de Fernando Fortún (1890 - 1914). Recogida de el libro RELIQUIAS, homenaje póstumo de sus amigos y editado en Madrid año de MCMXIV.

Sevilla, 6 - X - 1913.

. . . Y esta tarde he tenido la sensación precisa e irremediable de que no en vano es Octubre; de que se acerca el invierno . . . Me llevaron mis pasos hacia el Barrio de Santa Cruz - la maravilla de los barrios sevillanos, - y fuí a descansar en el patio de los "Venerables". Este patio, del que creo te he hablado, y que es uno de los lugares de paz y silencio que pueden hallarse, con la limpieza clara de los azulejos a todo lo alto de la galería que circunda el patio, y en él, seis limoneros de un verde obscuro, severo, y el ruido de la fuente, que baja varios escalones, pues para encontrar el agua han tenido que ahondar y ahondar. Y me senté en un "maravilloso silencio", y nunca me ha hecho tanto efecto el ruido de las primeras hojas que caían de los limoneros y que un viento suave, tranquilo, movía sobre el suelo de azulejos . . . Y en esto una voz de mujer llamando a una muchacha; "¡Reposo, Reposo! . . ."

Esto, que a fuerza de estar bien parece escénicamente preparado, como tantas cosas aquí, se explica si se advierte que son multitud, según dicen, las sevillanas puestas bajo esta admirable advocación de Nuestra Señora del Reposo, que está en la Catedral.

Pero por lo demás, no son muchos los momentos aquí para el puro lirismo: Sevilla es esencialmente dramática. Hoy pensaba yo en el acierto instintivo de Zorrilla al poner aquí sus dos personajes dramáticos, Don Juan y Don Pedro; cantando líricamente en otro sitio, en el que la vida ambiente tiene menos fuerza inmediata y el paisaje toda su importancia: Granada.

Tengo la seguridad de que puesto aquí el artista del Norte más laborioso, trabajaría quizá como nunca lo hiciera, durante unos meses, un año: pero poco a poco iría convenciéndose instintivamente, que la más grande obra de arte en esta tierra es vivir. Por eso quizá la pobreza y prosaismo de la famosa escuela sevillana, que yo hasta ahora no comprendía. Y por eso también el que todos los héroes en Sevilla sean gentes de acción, personajes dramáticos, en cuanto el drama es opuesto a la contemplación: Estrella, el Burlador, Don Pedro, el Barbero, los toreros . . .

Algo de esto hablaba yo hoy con un joven señor que aquí me he topado, de vuelta de licenciarse en Letras en Granada; el cual, como otros de su camada, no admiten, ni por un momento, el encanto ni el espíritu andaluz. Para ellos tan sólo hay Avila, Toledo, Sigüenza, los pueblos castellanos, la llanura parda y la loza de Talavera, que han monopolizado por lo visto el espíritu español. Y precisamente este espíritu persistente y vivo es lo que da toda su fuerza a Sevilla. Toledo tiene algo de museo arqueológico: la ciudad y la vida actual - la capital de provincia manchega, la Academia de de Infantería - son cosas completamente despegadas, separadas. En cambio aquí se compenetran, se funden completamente. Yo no sé cómo, fuera de los pintores fandangueros y de Villaespesa, puede ver nadie aquí lo moreno, lo oriental. Quitando la Giralda - y eso rematada por castellanos, - es vida y espíritu español del siglo XVII, del siglo XVIII; sobre todo, arquitectura y costumbres lo recuerdan a cada momento. Y lo perpetúan todo orden de cosas. El catolicismo de las mujeres sevillanas, por ejemplo, que se siente tan vivo y tan fuerte, está muy lejano de los cristos negros castellanos, pero también de la devoción en estampitas y cromos; es la religión del XVII y XVIII: el día del Corpus con muchas flores y una custodia plateresca, de capillas limpias y claras, de devoción de la Santísima Trinidad, que todavía no sospecha la invención - en el sentido clásico de "hallazgo" - del Sagrado Corazón. Aquí se comprende que ¡Murillo no tenía únicamente el espíritu de sacristán de monjas que a primera vista parece. Y de aquí puede salir la idea de un clasicismo andaluz. . .

JOSE LUIS TEJADA

GORRION

(Canción de amigo.)

Viva ceniza volandera,
asnillo mínimo del aire.
¿Qué te traerá la Primavera
a tí, que todo te lo sabes?

Tu salto oblicuo en la mañana
- caricatura del arcángel -
anuncia el parto de la rana
por obra y gracia del estanque.

Sabes cantar, quién lo dijera,
más alto y nítido que nadie,
pero te callas porque esperas
que el mismo Dios venga a escucharte.

Y, porque no te den las eras
su "trigo-bobo" tan de balde,
les das con gracia limosnera
tu piopá de cada tarde.

Fiel cascabel de San Francisco
de parvos piés inseparables.
Ratón con alas, raterillo
de mil rapiñas veniales.

Dieras el salto azul del cóndor,
rimara el iris tu plumaje
y no te amaran tánto como
te aman así, pardillo y grave,
la flor redonda del aromo,
los niños libres de los parques.

¡Quién aprendiera, voz y vuelo,
tu norma humilde de poeta!
Pariente pobre del jilguero
venido a menos por pereza.

Tu democracia gris se ríe
del oropel de la oropéndola.
¿Qué más nobleza que imbuirte
de linfa azul por las acequias?

¡Más que te sigo y te persigo,
ciceronillo de mi huerta,
. . . y no me llevas al castillo
donde suspira qué princesa!

Adelantado catahigos,
degustador de brevas negras.
Peón golfante, rey-mendigo
tirando cielo por la tierra.

. . . . .

Mi corazón se va contigo,
flúido jinete por tu sangre,
hasta la torta de tu nido
en sabe Dios qué alto follaje.

Me harás un sitio entre tus hijos.
Me entibiarás con tu plumaje.
Estoy desnudo y tengo frío.
Estoy yeyuno y tengo hambre . . .

. . . ¡Auuupa!
¡Trota a la gloria azul conmigo,
asnillo mínimo del aire!

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

PEDRO SALINAS, ANGEL MEDINA, BERNARDO VÍCTOR CARANDE, PABLO GARCÍA BAENA, AQUILINO DUQUE, JUAN COLLANTES DE TERÁN, ANTONIO GALA VELASCO, JERÓNIMO MARTEL, FRANCISCO SOLANO, PILAR PAZ PASAMAR, FERNANDO FORTÚN, JOSÉ LUIS TEJADA.

ILUSTRA:

ALVAREZ ORTEGA

FLORES-SEVILLA